

OTRAS RAZONES

AMOR Y VOCACIÓN

¿Qué es la vocación?

Muy sencillo: ser uno mismo. Ahora bien, ¿qué quiere decir «ser uno mismo»? En el mundo actual habrá muchos que contesten a esta pregunta diciendo: ser uno mismo es hacer lo que a uno le dé la gana. O sea que, entonces, la vocación sería más que nada producto del capricho, de la comodidad, o del egoísmo, o, lo más probable, una mezcla de todas estas cosas. Esto es lo que se respira tras esas ansias de libertad no contenida y sin norte que caracteriza algunos modos de vida. La vocación, evidentemente, es otra cosa. Es el proyecto para llegar a ser quien verdaderamente somos. La vocación es, en primer lugar, proyecto de vida. Se refiere a todos los aspectos de la misma, y no sólo de la profesional; aunque no cabe duda alguna de que esta última ocupa un lugar muy relevante, pues ¿acaso no pasamos por lo menos la tercera parte de nuestro tiempo ocupados en nuestra profesión? Freud decía que para el equilibrio de la persona eran fundamentales el amor y el trabajo. Pero este último, para que realmente equilibre, ha de estar inspirado por el primero, por el amor, por la entrega a la labor que se realiza. Si el trabajo se ejecuta sin ese espíritu, por el mero afán de ganarse la vida o de hacerse rico, sin otra perspectiva humana, se degrada, se deshumaniza. El oficio más sencillo y humilde, hecho con espíritu de servicio a los demás, se transforma en tarea noble y eleva a su autor. Porque lo que importa del trabajo no es sólo lo que se hace sino también cómo se hace. El buen médico no se limita a recetar o a extirpar lo malsano, sino que siempre tiene una palabra amable para el paciente. El buen profesor no cumple con recitar en clase sus saberes, sino que se preocupa de que sus alumnos maduren en el conocimiento. El buen zapatero disfruta con el trabajo bien hecho, porque sabe que muchos de sus clientes se lo agradecerán. ¿Y qué decir de las buenas amas de casa? Son lo mejor de la sociedad, porque trabajan inmersas en la rutina cotidiana con la única recompensa de ver contentos a los miembros de su familia. Sin amor no hay vocación. Habrá trabajo mecánico, solución externa de problemas, ganancia, éxito, pero no proyecto de vida humana. Además de ser proyecto, la vocación exige que éste responda a nuestra más íntima esencia, a lo que en el fondo somos. Nunca nos conocemos lo suficiente, y no pasa una semana sin que nos sorprendamos a nosotros mismos por nuestra pequeñez de miras, por nuestra falta de generosidad, por nuestra pereza. Mas en medio de las dificultades que no nos dejan ver ni caminar, hemos de encontrarlos. No para realizar un ejercicio de autocomplacencia narcisista. Por ese camino nunca sabremos quiénes somos. Sino para exigimos andar un camino, cada uno el suyo. Hay personas que tienen la suerte de conocer muy pronto cuál es la senda que deben seguir. Otras, la mayoría, hemos tardado mucho. Hay quien nunca tiene dudas o, al menos, no se le plantean a mitad del camino. Y también hay quien se pregunta de vez en cuando si otras veredas no le hubiesen sido



más propicias a su naturaleza y aficiones. Pero mientras se duda, preciso es caminar y adoptar la actitud del esfuerzo generoso. Hay que ilusionarse por las cosas aunque no se esté seguro. Y trabajar, trabajar con ánimo.

No hay estudiante que saboree una asignatura a la que no haya dedicado tiempo y esfuerzo. Acertar en la vocación de uno puede ser difícil, pero mientras llegamos a la certeza, la duda no es excusa para la inacción. Existen personas que son como aquellos navegantes que, zarpando del puerto para siempre, no sabían dónde habitarían, ni cuál sería su oficio, ni qué tierra acabaría cubriendo sus huesos. Sólo sabían que la vida es un continuo hacerse a sí misma. Son como marineros que surcan el mar proceloso con la ilusión de ser útiles a los demás y quizás también de encontrar un gran amor que les haga ver luminosas las playas de un nuevo mundo. Esta búsqueda de sí mismo que es la vocación profunda, es ajena a los prosaicos y a los calculadores, e incompatible con los manipuladores. Es patrimonio de los románticos de la vida, de aquéllos que son capaces de darla por un ideal.

Gregorio ROBLES

LA TRANSICIÓN REVISITADA

Don Alfonso XIII, camino del exilio, desembarca en Marsella en la madrugada del 16 de abril de 1931. Le acompaña, entre otros, su primo hermano el Infante Don Alfonso de Orleans. Según su relato, al llegar a tierra ambos toman un taxi y se trasladan al «Hotel de Noailles», mientras el resto del minguado séquito aguarda un segundo vehículo. En tanto Don Alfonso XIII espera en el coche, el Infante apalabra las habitaciones. Al portero, que reconoce al monarca, le pide que pague el taxi y les mande el desayuno. *Estaba yo por fin tranquilo, el Rey estaba a salvo*, refiere. Sin embargo, pasados los años, Don Alfonso XIII ofrece su versión a Cortés Cavanillas, que magnifica su protagonismo en detrimento de la actuación del Infante. De acuerdo con la misma, es él —en plan *chulito madrileño*, como le definió Sánchez Albornoz— quien mantiene un vivo diálogo con el recepcionista, que no le reconoce, y quien consigue se les conceda alojamiento, frente a la negativa inicial por estar completo el hospedaje y desconocer la calidad del personaje, que finalmente éste desvela: *Je suis le roi d'Espagne*. ¿A quién creer? El relato del Infante, leído en su contexto, parece verosímil, pues lo explica todo escueta-



mente, desde su probada lealtad, sin atribuirle ningún mérito. Nunca sabremos si fue Don Alfonso XIII quien quiso dar unos tintes dramáticos al episodio —un rey que al llegar al exilio tiene que discutir con un empleado para obtener

cobijo en un hotel— o si fue Cortés Cavanillas quien, muerto el monarca, añade por su cuenta estos flecos novelescos. En cualquier caso, la anécdota de estas dos versiones contrapuestas es indicativa de que, en algunas ocasiones, resulta difícil conocer la realidad de ciertos hechos a través del relato de sus protagonistas. Manuel Soriano, por ejemplo, en su biografía de Sabino Fernández Campo, *La sombra del Rey*, explica que José Joaquín Puig de la Bellacasa, cuando trabajaba en la Secretaría General de la Casa del Príncipe, organizó un encuentro de Jordi Pujol con Don Juan Carlos que tuvo todos los elementos de un guión pelicularo. Fue a buscarlo al hotel Palace, donde el líder catalán se había registrado con nombre falso, y para pasar el control de La Zarzuela lo metió en el maletero del coche. Más que engañar al jefe del Estado (Franco) se quería eludir al aparato franquista que vigilaba al príncipe. Pero en declaraciones a Tom Burns Marañón, recogidas en *Conversaciones sobre el Rey*, Puig de la Bellacasa afirma: *Lo del maletero es una ridiculez. Me puse en contacto con Pujol a través de Carlos Sentís. Le fui a buscar al hotel Palace y nos fuimos a ver a Don Juan Carlos, yo conduciendo y él sentado al lado mío. Pasamos el control de La Zarzuela, puesto que llevaba yo el coche, sin ninguna dificultad, con toda naturalidad y tranquilidad. ¿A qué carta quedarse? Pujol, evidentemente, podría ofrecer su versión, pero también cabe que, tras veinte años de haberse autoinstitucionalizado como la genuina representación de Cataluña —desconfiada de las imitaciones, parece ser su lema—, considere hoy que daña su imagen pública, si es que así ocurrió, haberse inquirido en un maletero de coche para ser recibido por el sucesor designado por el general Franco. Y si de hechos recientes como éstos se nos ofrecen narraciones tan contrapuestas, no resulta extraño que sobre temas de más envergadura —la caída de la Monarquía militar de Don Alfonso XIII, el fracaso del intento de modernización de España a que aspiraba lo más lúcido del republicanismo, las causas de la Guerra Civil, las etapas del franquismo, la Transición— las interpretaciones se dan de bofetadas. Durante años, el paso de la Dictadura a la Democracia ha sido exaltado —sobre todo por algunos hispanistas bienintencionados— como si del milagro de la multiplicación de los panes y los peces se tratara. Pero desde hace algún tiempo se dejan oír criterios discrepantes, el más singular el de Antonio García Trevijano desde las páginas de LA RAZÓN. Hay que parar el oído, y tratar de ser capaces de distinguir —otra vez Antonio Machado— las voces de los ecos. Una revisitación rigurosa de lo ocurrido entre 1975 y 1978 puede darnos sorpresas, para algunos, imprevistas. Pero como dice el Evangelio, la verdad os hará libres.*

Rafael BORRÁS

MARQUINA: EL JUEZ TIENE LA SOLUCIÓN

Ante el escándalo que supone para un Estado de derecho y para una sociedad con un mínimo de valores que un etarra muerto en pleno intento de comisión de un delito sea homenajeado en un Ayuntamiento, llega a Juan Bravo una idea nada desdeñable. El juez encargado del caso podría evitar la sonada apología del terrorismo que está a punto de perpetrarse con una sencilla decisión: dictar que los restos del etarra Patxi Rementería sean trasladados directamente para su inhumación en el cementerio de Marquina, sin paradas previas en la capilla ardiente montada por los proetarras en el edificio del Consistorio. No se-

ría la primera vez, recuerdan, que se ha tomado una decisión similar. El entonces juez de la Audiencia Nacional, Carlos Bueren, lo decidió cuando el entorno de Eta quiso un homenaje parecido con los restos de los etarras Lasa y Zabala. Las razones serían de suficiente peso para que ahora se volviera a actuar en el mismo sentido. Porque permitir el acto de homenaje en el Ayuntamiento de Marquina, cuando todo el mundo sabe que se ha impuesto por la fuerza de la amenaza, es, de forma pasiva, conceder un apoyo moral intolerable al terrorismo asesino.

Juan BRAVO

